

El clero se desató en anatemas y excomuniones contra Hidalgo y los suyos, y la Inquisición reanuda el proceso que le iniciara en secreto años antes. Realmente colosal se produjo también entre los españoles ricos nobles, los grandes propietarios, el clero alto y empleados del Gobierno virreinal... Sólo el pueblo sufría y trabajaba, siguió impávido esperando el instante de obrar, no conociendo aún en México la magnitud y alcance de la sublevación.

El virrey se preparó á la lucha ordenando el levantamiento de las milicias provinciales, formando planes de ataque y defensa, mostrando actividad suma y su torpeza también.

Envio á Querétaro una división compuesta de tropas que guarnecían la capital, el regimiento de Infantería de la Corona, fuerte de dos batallones, cuatro piezas de artillería, la columna de Granada de dos batallones también con siete compañías, uno, cuatro cañones, Regimiento de Dragones de México y el Regimiento Provincial de Puebla al mando del coronel Don Manuel Flon, conde de la Cadiz, rudo y bravo jefe realista, que debia de entrar en campaña uniéndose con la brigada de tropas de caballería que levantaba prontamente en San Luis el brigadier Don Félix María Calleja del Rey.

Venegas hizo venir á la capital otras tropas cercanas como el Regimiento de Tres Villas, los Regimientos provinciales de Puebla, así como la marinería de la fragata « Atocha » que trajo el Virrey de España.

Hidalgo después de instalarse en Guanajuato donde tomó cuantiosos recursos en plata, oro, valores diversos particulares, confiscando cuanto pudiera servir para fabricar armas, fundiendo cuatro pequeños cañones muy toscos y deficientes, requiriendo caballos, mulas y asnos para equipajes y conducción de parque y municiones, nombró ayuntamiento, incorporó á su fuerza innumerables voluntarios y las compañías provinciales que le habían resistido en un principio.

En suma, con menos mal armamento, regular numerario para gastos, y sesenta mil hombres, se dirige prontamente, sabiendo que la prontitud en sus maniobras era el triunfo, hacia Valladolid, en tanto que Allende con una división selecta expedicionaria por pueblecillos y ranchos del Bajío en solicitud de más hombres y elementos, paseando triunfal la nueva bandera de Independencia.

Allende, que era verdadero militar, hizo comprender al improvisado Capitán General que debia rehuir combates y batallas campales, las que sólo pueden aceptar tropas disciplinadas é instruidas, — dirigiéndose sobre poblaciones fuera del alcance del ejército realista, para tomar en aquéllas recursos y propagar la idea luminosa, aprisionando á los españoles y sacando el mejor provecho de sus riquezas, mientras se iba educando el ejército para la guerra en espera de las recias campañas que habían de dar el triunfo definitivo á la Revolución.

Hidalgo se encontraba amenazado entre la división

del Conde de la Cadena, que ya había llegado á Querétaro y se preparaba á perseguirlo, y la brigada de Calleja que con aguerrido ejército, con la seguridad de una fácil victoria, iría á despedazarlo entre San Luis Guanajuato ó Querétaro.

Así es que, con toda precipitación y en medio del mayor entusiasmo del pueblo, abandonó el caudillo la abatida y exangüe ciudad, días antes tan rica y tranquila durmiendo sobre sus tesoros...

Tomó por el Valle de Santiago llevando siempre vanguardia el estandarte de la Virgen de Guadalupe y á retaguardía los prisioneros españoles que él hacía en el camino, habiendo dejado cerca de trescientos custodiados en la Alhóndiga de Granaditas.

Siguió hacia Salvatierra, continuando por Acámbaro, Zinapécuaro é Indaparapeo, apoximándose á Valladolid sin ningún tropiezo y sí con la satisfacción de que Aldama cerca de Celaya levantaba pueblos, haciendas y rancherías, robusteciendo su división expedicionaria... ¡Las llanuras del Bajío repetían los gritos de libertad é independencia que durante años y años hacían correr la sangre de los valientes hijos de sus campos!

* *

En la ciudad de Valladolid, al saberse la rápida y avasalladora marcha de aquel cura, á quien el Obispo Abad y Queipo de aquella misma Diócesis había excomulgado furibundamente, hubo igual consternación en la de Guanajuato, no obstante contar la ciudad con los mejores elementos de defensa.

El Obispo se pone al frente de ésta y forma ocho compañías de defensores, cuyo mando entrega al canónigo Ledos; hace maniobrar al Regimiento Provincial y llama á los *Dragones de Pátzcuaro*, al mismo tiempo que manda bajar el esquilón mayor de catedral para fundir cañones, asesorado por el teniente Iturbide, dispuesto á batir á los insurgentes en guerra sin cuartel, con todo el odio de su corazón y toda la inteligencia de su espíritu.

Mas he aquí que sucedía lo de siempre :.. arriba, en las clases altas, en los que poseían riquezas ó empleos con pingües ganancias, el más profundo egoísmo ó el miedo... el pánico en las señoras... y en el pueblo, fría y taciturna actitud, un dejo de hostilidad para con sus señores y secreta simpatía para los que llegaban sin darse cuenta aún qué objeto traían y qué estandarte enarbolaban.

De suerte que, no obstante tan belicosos aprestos del Obispo, cuando Hidalgo intimó rendición á la plaza el 15 de Octubre, divididas las opiniones de los notables, el Ayuntamiento, las milicias y el Clero, hubo de optarse por dar entrada al Capitán General Don Miguel Hidalgo, yendo una comisión del Ayuntamiento hasta su cuartel general, á seis leguas delante de la ciudad, para ofrecerle su rendición, en tanto que por otro rumbo partían á escape para México los principales personajes de aquélla, entre ellos el Obispo, Iturbide y el canónigo Ledos.

El 16, 17 y 18 de Octubre fueron días memorables... en que entraron lentamente á la célebre Valladolid los sesenta mil hombres de Hidalgo, quien con toda pompa mandó abrir las puertas de la catedral para dar gracias al Señor de los cielos por el éxito de la Santa Causa...

Infinitas ventajas obtuvo el bravo caudillo Hidalgo quedó nombrado Generalísimo de los ejércitos; entró a una ciudad de tan grande importancia. Allende, capitán general, y Aldama, Abasolo, Balleza y Jimenez tenientes generales. Valladolid, hoy Morelia. Nuevos caudales y nuevos regimientos fortalecieron aquello que ingenuamente Redactaron reglamentos militares y de policía, y los llamaba *su ejército*... ¡Era sin embargo un pálido espejo de lo que había de ser el ejército mexicano después de las crueles etapas de miseria, sangre y fatal desordenados de oro y plata, tahalí negro bordado también, falto de cerebro y de fijos ideales para sus grandes sacrificios y abnegaciones!

Las fuerzas que aprestara el obispo para resistir En compactas columnas aclamadas en pueblos y en las del Libertador, que muchos, tras el enhiesto estandarte de la Independencia con ensordecedor vocerío y coros de cantos proceder a fundir artillería y armas, pues aún el ejército de su gente estaba inerme... ¡Apenas garrotes alirantes, aquella masa gigantesca, desordenada, y frenética va rebosando por los valles, donde llevaban sus indios!

Nombrados los nuevos empleos civiles y acordándose de los estrechos caminos... acampando al amanecer, después de que el canónigo Lizana hubo libre bajo el cielo benigno en las noches, para tado la excomunión general, salió el humano tovarantarse antes del alba al toque de los tambores, y para dirigirse a todo impulso hacia la capital de Nueva España... ¡Era urgentísimo no dejarse adelantado después la misa que celebra su amado cura y por el ejército realista del Conde de la Cadena de Tepetongo ó Ixtlahuaca. Calleja que ya le buscaban de cerca...

¡Hacia México! ¡Hacia México!

Las turbas iban frenéticas de alegría, entos cantos de triunfo, prometiéndose enarbolar en el y para ellos maravilloso México, — capital del estandarte con la aparecida Reina del Tepeyac.

Vuelve Hidalgo por el mismo camino y en un baro pasa una gran revista a sus muchedumbres, es aclamado por más de ochenta mil hombres.

Allí decide con Allende — alma de las operaciones y maniobras pseudo-militares — dividir la fuerza en regimientos de mil individuos al mando de coronel

Hidalgo quedó nombrado Generalísimo de los ejércitos; entró a una ciudad de tan grande importancia. Allende, capitán general, y Aldama, Abasolo, Balleza y Jimenez tenientes generales.

Redactaron reglamentos militares y de policía, y los llamaba *su ejército*... ¡Era sin embargo un pálido espejo de lo que había de ser el ejército mexicano después de las crueles etapas de miseria, sangre y fatal desordenados de oro y plata, tahalí negro bordado también, falto de cerebro y de fijos ideales para sus grandes sacrificios y abnegaciones!

En compactas columnas aclamadas en pueblos y en las del Libertador, que muchos, tras el enhiesto estandarte de la Independencia con ensordecedor vocerío y coros de cantos proceder a fundir artillería y armas, pues aún el ejército de su gente estaba inerme... ¡Apenas garrotes alirantes, aquella masa gigantesca, desordenada, y frenética va rebosando por los valles, donde llevaban sus indios!

Nombrados los nuevos empleos civiles y acordándose de los estrechos caminos... acampando al amanecer, después de que el canónigo Lizana hubo libre bajo el cielo benigno en las noches, para tado la excomunión general, salió el humano tovarantarse antes del alba al toque de los tambores, y para dirigirse a todo impulso hacia la capital de Nueva España... ¡Era urgentísimo no dejarse adelantado después la misa que celebra su amado cura y por el ejército realista del Conde de la Cadena de Tepetongo ó Ixtlahuaca. Calleja que ya le buscaban de cerca...

*
*
*

Hubo un incidente en Indaparapeo. Un noble y robusto se aproximó al Capitán General solicitando hablar con él... conversan y de pronto Hidalgo ante su fulgurante mirada y su profundo y tierno discurso vibrando patriotismo y ciencia tiene un arrebató y nombra á Allende cura Coronel, diciéndole :

— Te he comprendido... Sé quién eres. Tienes razón ; levanta á los hijos de las sierras que son

1020001907

el monte de las Cruces va á dar á Cuajimalpa, esta Sierra, ya en pleno Valle de México.

Mientras esto se ejecuta, el grueso del ejército Hidalgo llama la atención de Trujillo á su frente la calzada de Toluca; mas habiendo sabido él que otras tropas enemigas se adelantan para situarse en retaguardia entre México y las fuerzas del francés envolviéndolo, comprende aunque tarde sus faltas dejando destacamentos y grandes guardias en Lerma y otros puntos escalonados, parte al terminar el día tomar posición en lo alto del monte de las Cruces donde llegó Allende media hora después.

Ejecuta Trujillo con rapidez este movimiento que toda una retirada, casi una fuga, dejando comprendido en Lerma á Mendibil con el Regimiento « Villas » que se bate en retirada con brio y discreción hacia la columna central internada en el Monte haciendo nutrido y certero fuego en las desordenadas filas insurgentes donde no hay bala española que no siembre la muerte.

En la noche del 29, los dos ejércitos acamparon enfrente de otro, habiendo escogido el coronel francés el fondo pedregoso y selvático de una estrecha montaña en inepta disposición del hispano jefe, pues estaba rodeada á los flancos por diversas alturas cubiertas de cedros, pinos y malezas.

El plan de Hidalgo, mejor dicho, de Allende, que se hizo, sido combinado con toda habilidad, y era sensato, se lograba — como en parte se hizo — obrar con suficiente rapidez para sorprender ó adelantarse al enemigo.

Debía Jiménez seguir continuando su movimiento flanquear y envolver al adversario cerrándole la retaguardia

Cuajimalpa mientras Hidalgo lo perseguía de frente en todas sus fuerzas, no sin llamarle falsamente la atención por el Norte.

Muy imperfectamente se ejecutó este plan, mas si quiera fué lo suficiente para haber ganado la terrible batalla.

En la mañana del 30 de Octubre los realistas se agrupaban tras las rocas y los pinos, atrincherándose fuertemente, teniendo ante sí un gran claro donde sus cañones abatirán las masas enemigas. Á éstas las anima el rápido Abasolo que manda una carga á vanguardia para reconocer la fuerza de resistencia del enemigo peraltamente oculto en el bosque.... Escúchanse algunos disparos de una á otra parte... Hidalgo arenga y de pronto al grito formidable de *¡Viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva la Independencia!* se lanza la apresurada falange que atraviesa la meseta del monte, llegando á los flancos la caballería.

— *¡Viva el Rey! ¡Viva Su Majestad Fernando Séptimo!* contestan los españoles, — y tremenda granizada dobla las primeras filas, y sus dragones abren claros santuarios en las masas que vacilan y cejan, aullando.... Pero resuenan nuevos gritos, los de atrás empujan á los de adelante... no hay que cejar... y continúa el combate, pasando sobre los cadáveres... mas al llegar á las trincheras españolas, la segunda fila dispara fusiles á quemarropa sobre la avalancha humana que vuelve á oscilar y á aclararse entre feroz gritaría, maldiciones, ayos é injurias... *¡Adelante! muchachos... ¡Adelante! ¡Adelante!* grita Abasolo, pistola en mano. — Las trincheras españolas, bien cubiertas y en sus puestos los soldados han logrado cargar de nuevo y que hacen nueva

descarga horrenda... mientras apenas los insurgentes unidos en las últimas jornadas, multitud inútil con sus lanzas y malos fusiles han abatido uno que embarazosa. Hidalgo se multiplicaba, entusiasmando al tremolar oyen crujidos de terrible lluvia... son las piedras del estandarte con la Virgen. Allende, inteligente y vivo, las hondas insurgentes que no causan en ese momento órdenes precisas, severo y terrible, y Abasolo se gran daño...

Hubo que retroceder para preparar tras sus ciones de la noche un nuevo y formal asalto á fuego y sus cuatrocientos hombres de refuerzo y de recon todas las masas... Eran las ocho y media fresco, ocultaba los temibles cañones entre la espesura, con ramajes y malezas, abocados al centro de la meseta

En esos momentos Trujillo recibe un buen soco para despedazar y barrer con las masas asaltantes... Venegas le ha enviado dos cañones de á cuatro. Sonó la voz terrible del ataque... y más tremenda y vidos por un teniente de artillería de Marina, Un formidable que antes tronó la gritería... ochenta mil cincuenta jinetes lanceros de las haciendas de voces rugieron en el grandioso monte: — ¡ Viva nuestra español Yermo y trescientos treinta mulatos Señora de Guadalupe! armados... Esto hizo cobrar gran ánimo al jefe es — ¡ Viva el Rey! — contestaron solemnemente dos mil y su gente que temían un ataque decisivo... y realistas en el instante en que se oyó la descarga nutrida podían tomar la ofensiva, pues sería correr á p de la fusilería... y luego estallaron los estampidos de é inútil muerte... los traidores cañones...

Allende no desespera, en tanto, y forma su columna. Hubo algo como estupor, y la enorme columna pareció vacilar... mas después con mayor energía reaccionó. Á la izquierda cinco compañías de lo mejor del ejército. Cuando en su rabia, fué á chocar contra las trincheras, miento de Celaya, el Regimiento Provincial de Guanajuato, frenética, tumultuosa, infernal y sublime... dolid y el batallón de voluntarios de Guanajuato. Ya no hubo entonces quien cesara, todos siguieron derecha el Regimiento de caballería de Pátzcuo adelante... y empezó la carnicería cuerpo á cuerpo, y Regimiento de la Reina... en el centro los más de los españoles fueron rodando abrazados á los indios... y mejor armados rancheros á caballo y á pie... A en una refriega inaudita y feroz... Tronaban los guardia el regimiento del Príncipe, como de re cañones abriendo largos sureos de fuego y carnaza lo mismo que un buen núcleo de jefes dispuestos humana en un huracán desenfrenado; rompiéronse las impulsar el ataque, animando á los de vanguardia trincheras... y derrepente... hubo un flaqueo por parte dar la carga á fondo... y por fin, diseminados por de los realistas. Allá á su izquierda, desde lo alto de flancos, sin orden, abandonados casi á sí mismos. En las lomas el bravo Jiménez con tres mil indios y más para que formaran grupos y masas amenazan. En un cañón lo flanqueaba de súbito haciendo acallar y aullantes... los inermes, los últimos y más

uno de los cañones realistas, dominando completamente el núcleo de sus fuerzas. A las diez y cinco minutos, cuando se acercó el enemigo, éste rompió un fuego repentino sobre los confiados insurgentes que rodaron cadáveres...

Trujillo cambió entonces su orden de batalla, poniendo á su izquierda al capitán Bringas con los lanceros y á su derecha al capitán Iturbide con los lanceros. Aquello fué inauditamente infame!... indigno de la Yermo y compañías del Regimiento « Tres Villas », que debería de manchar para siempre el nombre del jefe la derecha que se replegó, á Iturbide con las compañías del mismo cuerpo, y en el centro lo mandó á la izquierda.

Una tempestad de indignación se desató en el campo de las tropas sobre el camino de México, al mando del mayor Mendivil, quien se encontraba herido lo mismo que el capitán Bringas. La reserva á las órdenes del mismo Trujillo fué á contener á las fuerzas que se habían rebecho y vuelto á sus posiciones, doras de Jiménez, cuyo cañón hacía un fuego certero sobre los realistas, que á medida que disminuían iban estrechando sin retroceder, acometidos con furia sus flancos y en su frente.

Ya los dos cañones antes tan furiosos han callado... En un grupo de valientes con lanzas y reatas, precedidos de pelotones de indios con troncos de árboles que formaban parapetos ambulantes, se había precipitado inmenso bosque retemblaba al estruendo de las descargas que dominaban los aullidos de los asaltantes, logrando arrancar denadas descargas que dominaban los aullidos de los asaltantes, logrando arrancar cuenta mil indios en un formidable coro de desolación. Ya los dos cañones antes tan furiosos han callado... donde fué recibido con inmenso júbilo, reanimando á los dos cañones antes tan furiosos han callado...

Momentos después los oficiales insurgentes llamados á gritos á los mexicanos realistas, enemigos de un momento, ofreciéndoles garantías y puestos en libertad, haciendo ondear al mismo tiempo una bandera parlamentaria para ver de entrar en arreglos. En vano el teniente Iturbide, loco de rabia, agotaba sus fuerzas dirigiendo un pelotón de audaces del Regimiento de « Tres Villas » á recuperar, el cañón, que fué entonces asestado contra sus antiguos poseedores...

El fuego realista cesó entonces paulatinamente. Media hora después, por entre el monte huían jadeantes, perseguidos por la caballería de los insurgentes, los últimos realistas del coronel Trujillo.

Así lo creyeron los jefes insurgentes é hicieron ver á sus puestos á los rabiosos luchadores. Después de haber enviado en buen orden una columna con emisarios de paz para dar y recibir las proposiciones de armisticio ó de la rendición; mas he aquí... que La derrota había sido completa! Dos mil valientes mexicanos realistas, mártires de su deber y fieles á su juramento, yacían sobre el lomo inmenso de la gran tierra, mezclados con cerca de tres mil mexicanos insur-

gentes que habían sucumbido por la libertad y ya mían besados por la gloria de un hermoso triunfo!

Trujillo se abre paso con denuedo entre la caballería enemiga, acompañado de Iturbide y cosa de cincuenta fugitivos resto de sus granadas tropas; llega á Cuernavaca malpa donde se hace fuerte; pero acometido rudamente tiene que abandonar la Venta y seguir hasta el pueblo de Santa Fé, llevando en el alma la vergüenza de una derrota y la firme convicción de que al siguiente día arderá la capital de la Nueva España, presa de los errores de espantoso saqueo, ocupada por las hordas de Hidalgo.



IV

EL COMBATE DE ACULCO

Después de la decisiva derrota de las fuerzas realistas en el *Monte de las Cruces* frente á la poderosa capital del virreinato, después de ese magno triunfo de las huestes insurgentes que lograron de pronto y con el mayor éxito abrirse el camino de México, á una corta distancia apenas de esta ciudad, el más bisoño teniente de ejército hubiera seguido hacia adelante para aprovechar la victoria, sabiendo que en la plaza reinaba el mayor desorden y estaba casi inerme.

Pero tras de las jornadas de Toluca, Lerma y las marchas tan bien dirigidas hacia el objetivo de tomar México, tras una marcha arrolladora y sangrienta, en el momento en que la gran selva repercutía las dianas con los cantos de victoria de las multitudes insurgentes que se encaramaban en las próximas alturas hasta dominar el grandioso lejano Valle donde se asentaba la codiciada capital, Hidalgo, sombrío y taciturno, titubea como siempre, y cuando Allende el intrépido vencedor le habla de seguir y caer sobre la gran ciudad, el Generalísimo mueve la venerable cabeza